



LA HISTORIA INTERMINABLE



¿Cómo puede una sola vida seguir cambiando el mundo tras la muerte?



Si te pidiera que nombraras a las figuras más influyentes de la historia, mencionarías muchos nombres.

- Reyes.
- Líderes.
- Filósofos.
- Inventores.

Cada uno de ellos dejó una huella en algún aspecto de la vida. Sin embargo, hubo un hombre que vivió en una pequeña ciudad en el oeste de la península arábiga hace más de catorce siglos, cuyo nombre sigue estando presente cada día en la vida de cientos de millones de hogares en todo el mundo.





Hay quienes comienzan su día con las palabras que él enseñó.
Y quienes educan a sus hijos según sus enseñanzas.
Y quienes evitan el engaño porque él lo prohibió.
Y quienes perdonan a quien les hizo daño porque él lo hizo.
Y quienes se mantienen al lado del pobre, honran al vecino, mantienen los lazos familiares y alimentan al necesitado, siguiendo su ejemplo.

No porque fuera un rey.
Ni porque dejara una gran fortuna.
Ni porque fundara un imperio que permaneciera intacto.
Sino porque su impacto trascendió los límites del tiempo y del espacio, llegando a los corazones de personas que nunca lo vieron, no hablaron su idioma y no vivieron en su época.
Aquí comienza la verdadera pregunta.
¿Qué hizo que el impacto de Muhammad ﷺ fuera diferente al de los demás?

¿Fue un orador elocuente?

Sin duda, sus palabras eran profundamente conmovedoras.

¿Fue un líder exitoso?

La historia es testigo de ello.

¿Fue un hombre con una visión de gran alcance?

Sí.





Sin embargo, estas cualidades por sí solas no explican lo que sucedió.
La historia ha conocido a grandes líderes cuyo impacto terminó con la caída de sus Estados.

Y ha conocido a pensadores que transformaron mentes, pero sus nombres permanecieron en los libros mucho más que en los hogares.

En cuanto a Muhammad ﷺ, dejó un impacto de un tipo completamente diferente.

No se limitó a cambiar leyes; cambió al ser humano en sí mismo.
Cambió la forma en que la persona ve a su Creador.
Luego cambió su relación consigo misma.

Luego con su familia.

Luego con sus vecinos.

E incluso con quienes no estaban de acuerdo con él.

Lo más sorprendente es que esta transformación no se limitó a una sola clase social.

Impactó a hombres y mujeres.

A jóvenes y ancianos.

A ricos y pobres.

A libres y esclavos.





Incluso algunos de los que una vez se opusieron férreamente a él salieron de su encuentro convertidos en personas completamente distintas.

Estas no son historias transmitidas sin fundamento.

Son acontecimientos históricos preservados por el Noble Corán, narrados en los libros auténticos de Hadiz y transmitidos por historiadores de confianza.

En las siguientes páginas, no intentaremos convencerte de que Muhammad ﷺ fue grande.

Dejaremos que los hechos hablen por sí mismos.

Conoceremos solo a cinco personas.

Cada una de ellas entró en la vida del Profeta ﷺ con una historia diferente.

Y cada una de estas personas salió de ella transformada de una manera difícil de ignorar.

Cuando este viaje termine, es posible que descubras que la pregunta ya no es:

¿Por qué Muhammad ﷺ causó un impacto tan profundo en las personas?

Sino más bien:

¿Qué hizo a este ser humano capaz de dejar semejante huella?





Antes de que todos sus amigos estuvieran convencidos de él...
Y antes de que sus seguidores creyeran en su mensaje...
Hubo un testimonio dado por un hombre que se encontraba en el bando contrario.

No fue el testimonio de un admirador.
Ni el testimonio de un seguidor.
Sino el testimonio de un adversario.
Eso ocurrió en los años previos a la conquista de La Meca.
En aquel tiempo, las noticias de un hombre en la península arábica llegaban a los confines del mundo. Su nombre era Muhammad ﷺ.
Su mensaje ya no era un asunto local; había comenzado a atraer la atención de las grandes potencias de la época.





Cuando el enemigo dio testimonio

Llegó una carta de parte de Muhammad ﷺ a Heraclio, el emperador del Imperio bizantino, invitándolo a adorar a Dios únicamente. Heraclio no desechó la carta; al contrario, quiso saber: ¿Quién era este hombre que le escribía?

Coincidió con que una caravana comercial de Quraish se encontraba en el Levante (Al-Sham), encabezada por Abu Sufyan ibn Harb.

En aquel momento, Abu Sufyan no era musulmán; al contrario, era uno de los principales opositores del Profeta ﷺ.

Él y sus compañeros fueron convocados ante el consejo de Heraclio. Era una audiencia oficial, donde el emperador de uno de los imperios más grandes del mundo se sentaba rodeado de sus patriarcas y dignatarios.

Heraclio no comenzó juzgando a Muhammad ﷺ.

Comenzó con preguntas.

Luego se dirigió a Abu Sufyan y ordenó a sus compañeros que se colocaran detrás de él, diciéndoles: «Si miente, desmentirlo.»





Abu Sufyan recordó más tarde:

«Por Allah, si no hubiera sido por la vergüenza de que transmitieran una mentira sobre mí, habría mentido sobre él.»

Narrador: Abu Sufyan ibn Harb | Erudito: Al-Bukhari | Fuente: Sahih al-Bukhari, Página/Número: 2804 |

Referencia: Transmitido por Muslim (1773) en detalle con una ligera variación.

Fue un momento decisivo.

El hombre que estaba de pie ante Heraclio no deseaba otra cosa que encontrar algo con lo que difamar a su adversario.

Sin embargo, no pudo.

No porque se hubiera convertido en creyente, sino porque la verdad era más fuerte que la enemistad.

Heraclio le preguntó:

«¿Lo habéis acusado alguna vez de mentir antes de que dijera lo que dijo?»

Abu Sufyan respondió:

«No.»

Le preguntó:

«¿Traiciona sus compromisos o rompe sus promesas?»

Dijo:

«No.»





Le preguntó:

«¿Qué os ordena hacer?»

Respondió:

«Dice: “Adorad a Allah solo y no asociéis nada con Él, y abandonad lo que decían vuestros antepasados.” Y nos ordena la oración, la caridad, la sinceridad, la castidad y el mantenimiento de los lazos familiares.»

Narrador: Abu Sufyan ibn Harb | Erudito: Al-Albani | Fuente: Sahih al-Jami', Página/Número: 2820 | Referencia: Transmitido por Al-Bukhari (7) y Muslim (1773).

Reflexiona sobre estas palabras.

No fueron transmitidas por uno de sus compañeros cercanos.

Ni fueron pronunciadas por un hombre que hubiera aceptado el Islam.

Fueron dichas por un enemigo que sabía muy bien que mentir en esa audiencia sería descubierto de inmediato por sus compañeros de pie detrás de él.

Por esta razón, este testimonio adquiere un valor muy especial.

Al finalizar el diálogo, Heraclio pronunció unas palabras que reflejaban la conclusión a la que había llegado, diciendo en parte:





«Si lo que dices es verdad, pronto llegará a poseer el lugar que ocupan estos dos pies míos.»

Narrador: Abu Sufyan ibn Harb | Erudito: Al-Albani | Fuente: Sahih al-Jami', Página/Número: 2820 | Referencia: Transmitido por Al-Bukhari (7) y Muslim (1773).

Esta historia no demuestra que Heraclio se convirtiera al Islam, ni que Abu Sufyan cambiara su postura en ese preciso instante. Sin embargo, demuestra algo imposible de ignorar: Incluso los enemigos de Muhammad ﷺ, cuando se les pedía que lo describieran con honestidad, no encontraban forma de acusarlo de mentira o traición. Y aquí surge la verdadera pregunta: ¿Cómo pudo un hombre que vivió entre su gente durante cuarenta años, y con quien más tarde tuvieron marcadas diferencias, mantener su historia personal completamente libre de cualquier acusación de mentira?





En las siguientes páginas, no responderemos a esta pregunta
con teorías.

Dejaremos que quienes vivieron con él respondan:

Un esclavo que vivió bajo su cuidado,

Un niño criado en su hogar,

Un hombre que juró enemistad contra él,

Y una mujer que servía en su mezquita.

Estas personas no solo leyeron sobre él...

Vivieron con él.





El esclavo que rechazó la libertad

Antes de que su nombre fuera conocido entre los compañeros de Muhammad ﷺ...

Era un niño.

Un niño que salió un día de entre los suyos y luego desapareció.

No sabemos cuál fue la última mirada con la que se despidió de su madre, ni la angustia de su padre mientras lo buscaba, pero sabemos lo que la historia conservó: Zayd ibn Harithah fue secuestrado siendo muy joven y luego vendido en los mercados árabes como se venden las mercancías.

En aquel tiempo, un esclavo no tenía opción de elegir dónde vivir, con quién vivir o cómo forjar su futuro.

Su vida estaba escrita por las decisiones de otros.

Luego el destino lo llevó a la casa de un hombre de La Meca...

Su nombre era Muhammad ibn 'Abdillah.

Y aún no era profeta en aquel entonces.

Pasaron los días...

Luego los meses...

Luego los años.

En ese hogar ocurrió algo que no se veía en los mercados de esclavos.





Zayd no fue tratado como una mercancía.

Ni fue visto como un ser inferior.

Al contrario, encontró a un hombre que preservó su dignidad, lo trató con inmensa bondad y se comportó con él de ser humano a ser humano.

Entonces llegó el día en que todo cambió.

Dos hombres llegaron a La Meca, agotados por años de búsqueda.

Un padre...

Y un tío...

Llevando dinero en sus manos y esperanza en sus corazones.

Por fin habían descubierto dónde estaba su hijo.

Se presentaron ante Muhammad ﷺ y le ofrecieron un rescate.

La situación parecía del todo decidida.

¿Quién rechazaría volver con su padre tras haberlo encontrado?

Sin embargo, Muhammad ﷺ no se aprovechó de la autoridad que poseía.

No dijo: «Me pertenece.»

Ni negoció con ellos.

En lugar de eso, se dirigió a Zayd y puso toda la decisión en sus manos.

Se hizo el silencio.

Ahora...





No Nadie tenía el poder de decidir excepto este joven.
El camino de regreso a su padre estaba completamente abierto.
Su familia lo esperaba.
Y los años de separación estaban a punto de terminar.
Pero lo que ocurrió a continuación asombró a todos los presentes.
Zayd eligió quedarse.
No eligió quedarse porque el camino de regreso estuviera bloqueado.
Sino porque vio en Muhammad ﷺ tal bondad y misericordia que su corazón quedó profundamente ligado a él.
Incluso dijo a su padre y a su tío que solo había visto de él cosas buenas.
¿Qué tipo de huella deja una persona en el corazón de otro ser humano para que este elija quedarse con él, a pesar de que la puerta a la libertad, a la familia y a la patria están abiertas de par en par ante él?
No era el poder del dinero.
Ni la influencia.
Ni la autoridad.
Era el poder de un carácter sublime.
Por eso, cuando Muhammad ﷺ fue enviado como profeta años después, no fue sorprendente que Zayd estuviera entre los primeros en creer en él, permaneciendo a su lado hasta caer como mártir liderando al ejército musulmán en Mu'tah.

Porque algunos corazones no cambian con palabras...
Sino por la forma en que son tratados.





El testimonio que duró diez años

Antes de que Anas ibn Malik se convirtiera en uno de los narradores de Hadiz más famosos...

Era un niño.

Un niño a quien su madre tomó de la mano y guio por las calles de Medina, hasta ponerse de pie ante Muhammad ﷺ tras la Hégira.

Pronunció unas pocas palabras que transformaron la vida de su hijo para siempre:

«Oh Mensajero de Allah, este es mi pequeño hijo Unays (Anas); te lo he traído para que te sirva, así que ruego a Allah por él.»

Y desde aquel día...

Comenzó un testimonio que no terminaría en una hora, ni en un día, ni en una semana.

Sino que duró diez años enteros.

Anas creció observando al Profeta ﷺ en cada detalle de la vida cotidiana.

Lo veía cuando salía.

Y cuando regresaba.

En los viajes.

Y en el hogar.

Dentro de la casa.





Cuando la gente se alegraba.
Y cuando los días se volvían difíciles.
Estaba lo suficientemente cerca como para ver lo que los visitantes ocasionales nunca veían.
Porque las personas pueden dar una buena impresión ante extraños durante unas horas...
Pero muy pocas conservan un trato noble día tras día.
Por eso, si quieres conocer la realidad de una persona, no preguntes a quien lo vio una sola vez.
Pregunta a quien vivió con él.
Pasaron los años...
El niño creció.
Se convirtió en un joven.
Y años más tarde, se sentó a narrar lo que había visto con sus propios ojos.
No relató una historia de heroísmo militar.
No habló de una batalla.
No mencionó una situación extraordinaria.
Sino que atestiguó algo que puede parecer simple en apariencia...
Pero que revela la verdadera naturaleza del ser humano más que cualquier hecho pasajero.





Dijo:

«Serví al Mensajero de Allah ﷺ durante diez años. Nunca me dijo sobre algo que hice: “¿Por qué lo hiciste?”, ni sobre algo que no hice: “¿Por qué no lo hiciste?”. Y si alguno de sus familiares me reprendía, él decía: “Dejadlo; si algo estaba decretado que sucediera, sucedería.”»

Narrador: Anas ibn Malik | Erudito: Ibn Taymiyyah | Fuente: Dar' Ta'arud al-'Aql wa al-Naql, Página/Número: 8/420 | Referencia: Transmitido de manera similar por Al-Bukhari (6038), Muslim (2309) y Ahmad (13442).

Detente en este testimonio.

Diez años...

¿Cuántas veces olvida un niño?

¿Cuántas veces comete errores?

¿Cuántas veces rompe algo, se retrasa o no cumple con su deber?

Sin embargo, a pesar de todo eso...

Anas no guardó en su memoria ni una sola palabra que hiriera su dignidad.

No porque el Profeta ﷺ lo dejara sin orientación,

Ni porque descuidara su educación,

Sino porque la orientación en sus manos edificaba al ser humano...

No lo quebrantaba.

Corregía el error...





Sin humillar a quien lo había cometido.

Por eso las palabras de Anas siguen vivas después de más de catorce siglos.

Porque un niño —sin importar la época, el idioma o la cultura— nunca olvida cómo fue tratado.

Ni olvida jamás a quien lo hizo sentir seguro.

Pero la pregunta persiste...

¿De dónde provenía esta misericordia?

No era simplemente un carácter apacible o una personalidad suave.

Era una fe profunda que llenaba su corazón.

Allah lo describió diciendo:

«Y te hemos enviado (¡oh, Muhammad!) como misericordia para los mundos de los hombres y de los yinn.» (Surah Al-Anbiya': 107)

Sabía que Allah lo veía en cada palabra que pronunciaba...

En cada mirada...

Y en cada trato.

Por eso su misericordia no era una conducta fingida ante las multitudes y descartada a puerta cerrada.





Era una forma de vida que practicaba todos los días.

Incluso con un niño a su servicio.

Por esta razón, millones de padres, madres y educadores siguen encontrando en el testimonio de Anas una lección atemporal.

Una buena palabra puede transformar la vida de un niño.

Y una palabra dura puede dejar una herida que dura años.

Muhammad ﷺ cambió la vida de Anas...

No con un largo discurso...

Sino por la forma en que lo trató, día tras día.

Pero los niños no fueron los únicos que encontraron este impacto transformador en su presencia...





El hombre que entró como enemigo y salió como un ser amado

Antes de ponerse de pie ante Muhammad ﷺ declarando su aceptación del Islam...

Thumamah ibn Uthal era uno de sus opositores más férreos.

No era un hombre ordinario.

Era el jefe de Banu Hanifah, una de las tribus más grandes de la península arábiga, ocupando una posición de liderazgo donde la gente escuchaba y obedecía.

Luego llegó el día en que cambió el destino.

Cayó prisionero en manos de los musulmanes.

La caravana lo llevó hacia Medina...

La misma ciudad que era el hogar del hombre a quien consideraba su enemigo.

En aquellos días, un cautivo sabía muy bien lo que le esperaba.

Podía ser ejecutado.

Podía ser liberado a cambio de un rescate.

O ser humillado hasta que llegue su destino.

Pero lo que vivió Thumamah no se parecía en nada a lo que conocía sobre las guerras.

No fue arrojado a una celda oscura.





Ni fue escondido de la vista de la gente.

En lugar de eso, fue atado a una de las columnas dentro de la Mezquita del Profeta.

Allí...

En el mismo lugar donde los musulmanes se reunían cada día.

Desde esa columna, comenzó a observar lo que nunca había visto en los campos de batalla.

Vio a hombres de pie en filas ordenadas rezando juntos.

Vio rostros que no reflejaban arrogancia ni afán de triunfo sobre un cautivo.

Vio a su líder viviendo entre ellos sin un palacio que lo distinguiera, ni guardias que lo rodearan.

Estaba observando la vida tal como era en realidad...

Y no como la describían sus opositores.

Entonces Muhammad ﷺ se acercó a él.

No lo reprendió.

No le recordó su enemistad pasada.

No abrió viejas cuentas del pasado.





Se detuvo ante él y le hizo una sola pregunta:

«¿Qué tienes que decir, oh Thumamah?»

Thumamah levantó la cabeza y respondió con la firmeza de un hombre que conocía las leyes de los conflictos:

«Tengo buenas expectativas, oh Muhammad: si me matas, matarás a alguien cuya sangre será reclamada; si me haces un favor, se lo harás a una persona agradecida; y si quieres dinero, pide lo que quieras.»

El Profeta ﷺ se retiró entonces...

Sin añadir una sola palabra.

Al día siguiente...

Regresó.

Y le hizo la misma pregunta.

Y recibió la misma respuesta.

Al tercer día...

La escena se repitió una vez más.

Entonces se dio una orden que nadie esperaba.

El Profeta ﷺ dijo:

«Liberad a Thumamah.»

Todo terminó.

Sin rescate.

Sin condiciones.

Sin compensación.





Desataron sus ataduras.
Y el camino ante él quedó libre.
Podría haberse alejado de Medina sin regresar jamás,
y nadie se lo habría impedido.
Salió...
Y desapareció brevemente de la vista de la gente.
Se lavó (realizó el baño purificador),
Y regresó.
Pero el hombre que regresaba...
Ya no era el mismo que había entrado.
Se presentó ante el Profeta ﷺ y pronunció unas palabras que la historia ha conservado exactamente como salieron de su boca:

«Por Allah, no había sobre la tierra un rostro más odioso para mí que tu rostro, pero ahora tu rostro se ha convertido en el más amado de todos para mí. Por Allah, no había religión más odiosa para mí que tu religión, pero ahora tu religión se ha convertido en la más amada de todas para mí. Por Allah, no había tierra más odiosa para mí que tu tierra, pero ahora tu tierra se ha convertido en la más amada de todas para mí.»

Narrador: Abu Hurairah | Erudito: Al-Bukhari |

Fuente: Sahih al-Bukhari

Detente en estas impactantes palabras.





Unos días antes...

Este hombre entraba a Medina albergando en su corazón el odio más profundo.

Y hoy...

Sale de ella albergando el amor más sincero.

¿Qué cambió?

El Profeta ﷺ no compró su corazón con dinero.

No lo obligó por la fuerza.

No lo abrumó con largos discursos.

Todo lo que Thumamah vio...

Fue una ética vivida abiertamente ante sus ojos.

Y a un hombre que tenía todo el poder para vengarse...

Pero que eligió el perdón.

Aquí surge la pregunta ineludible:

¿Cómo puede un hombre transformar el corazón de su adversario...

Sin levantar una espada contra él, ni negociar su libertad?

El Islam responde a esto desde sus cimientos.

Porque Muhammad ﷺ no trataba a las personas con bondad para recibir elogios, ni por interés político.

Sabía que Allah lo veía.

Consideraba la benevolencia como un acto de adoración, y la misericordia como un camino para obtener la complacencia de su Señor.

Por eso no solo cambió la postura de Thumamah...

Sino que su corazón se transformó por completo.

Y cuando el corazón cambió...

Toda su vida se transformó.





La mujer por la que preguntó el Mensajero de Allah ﷺ

Realizaba una tarea a la que la mayoría de las personas apenas prestaba atención.

No era oradora.

Ni poeta.

Ni una mujer de influencia social.

Su nombre no quedó registrado en los relatos más famosos, pero su labor fue cuidadosamente conservada.

Acudía a la Mezquita del Profeta, barría y recogía la suciedad que caía en ella, para que el lugar donde la gente se reunía para adorar a Allah se mantuviera limpio.

Podría parecer una tarea humilde.

Sin embargo, ante Allah, era una gran obra.

Pasaron los días...

Y ella estuvo ausente.

Tal vez su ausencia pasó desapercibida para muchos.

Porque quienes realizan tareas humildes y silenciosas a menudo ven sus nombres olvidados por la multitud.

Pero Muhammad ﷺ no la olvidó.

Notó su lugar vacío.





Y preguntó por ella.
No preguntó por un jefe del ejército.
Ni por un gran comerciante.
Ni por una persona de alto rango.
Preguntó por una mujer que limpiaba la mezquita.
Le dijeron:
«Ha fallecido.»
Añadieron que la habían enterrado de noche y no quisieron despertarlo.
Pensaban que así le evitan una molestia.
Pero su respuesta les reveló algo que no habían comprendido.
Dijo:

«¿Por qué no me avisasteis?»

Narrador: Abu Hurairah | Erudito: Al-Mundhiri | Fuente: Al-Targhib wa al-Tarhib, Página/
Número: 1/157 | Referencia: Transmitido por Al-Bukhari (458) y Muslim (956).

Luego les pidió que lo llevaran a su tumba.
Salió hacia el cementerio.
Se detuvo ante la tumba de una mujer a quien la gente quizás no consideraba de alto rango social.
Rezó por ella y suplicó a Allah por ella.





Reflexiona sobre esta escena.

No preguntes solo: ¿Qué hizo?

Pregunta: ¿Qué aprendieron sus compañeros de esta acción?

Aprendieron que el valor de un ser humano no se mide por su estatus, su riqueza o su fama.

Porque esa mujer de piel oscura, a la que pocos prestaban atención en vida, tuvo al mismísimo Mensajero del Islam de pie junto a su tumba orando por ella.

No lo hizo para dar un espectáculo ante la gente.

La mujer ya había sido enterrada, el asunto había concluido.

Sino que lo hizo porque su corazón veía al ser humano con una mirada totalmente diferente.

En un mundo donde la gente se jactaba de sus linajes y tribus, les enseñó que Allah nunca olvida una buena acción, por pequeña que parezca.

Y que un verdadero líder no solo conoce a los grandes personajes, sino que también reconoce a quienes trabajan en el anonimato.

Tal vez sea esta la razón por la que su legado ha perdurado.

No otorgó dignidad únicamente a los poderosos.

Se la concedió a quienes nadie más notaba.

Y esta lección sigue viva hoy en día.





En cada ciudad, hay personas que trabajan en silencio.

Un barrendero.

Un guardia de seguridad.

Un enfermero.

Un trabajador de mantenimiento.

Cientos de personas pueden pasar a su lado cada día sin decirles una palabra de saludo.

Sin embargo, este hecho nos invita a preguntarnos:

¿Cuántos seres humanos pasan desapercibidos para la gente... mientras son vistos y honrados por Allah?

A fin de cuentas...

Lo importante no es que tu nombre siga siendo famoso.

Sino que dejes ante Allah una buena obra que atestigüe por ti el Día en que las personas se presenten ante Él.

Porque una pequeña acción, realizada con total sinceridad hacia Allah, puede pesar más en la balanza que grandes obras hechas por ostentación.

Esa es la Segunda Vida...

Esa vida que no comienza después de la muerte...

Sino que comienza con lo que siembras antes de morir.





Cierra este folleto ahora... Pero no cierres la pregunta

Has viajado a través de estas pocas páginas por la vida de personas de diferentes edades, géneros, estatus y circunstancias:

Un hombre que llegó como enemigo y se fue como un ser amado.

Un niño que vivió diez años en la casa del Profeta ﷺ sin recordar una sola palabra hiriente hacia él.

Una mujer cuyo fallecimiento la gente pensó que no valía la pena para despertar al líder de la nación, mientras que él se negó a que dejara este mundo sin estar de pie ante su tumba haciendo súplicas por ella.

Y un hombre que estuvo entre sus mayores opositores, obligado a confesar ante el emperador del mayor Estado de su época que nunca había conocido mentira ni traición en Muhammad ﷺ.

Estos no son mitos.

No son historias inventadas siglos después para crear un héroe.

Son relatos conservados meticulosamente por los musulmanes, transmitidos por los eruditos del Hadiz con sus cadenas de transmisión, y establecidos en las obras más auténticas del Islam.

Sin embargo, la mayor pregunta persiste...





¿Qué unió a todos estos corazones alrededor de un hombre que no poseía los tesoros de la tierra, no fundó un imperio para sí mismo y nunca pidió a la gente que lo elevara por encima de su posición? Al contrario, rechazaba los elogios exagerados, diciendo:

«No me alabéis de forma exagerada como alabaron los cristianos a Jesús hijo de María. Pues yo solo soy Su siervo; decid pues: El siervo de Allah y Su Mensajero.»

Narrador: 'Umar ibn al-Khattab | Erudito: 'Ali ibn al-Madini | Fuente: Tafsir al-Qur'an al-'Azim, Página/Número: 2/430 | Juicio: Cadena de transmisión auténtica (Isnaduhu Sahih) | Referencia: Transmitido por Ahmad (154) y Al-Bukhari (3445).

Y aquí comienza verdaderamente el viaje...

La respuesta resumida es que cada noble cualidad que viste en su vida

La veracidad...

La misericordia...

La justicia...

La lealtad...

El perdón...

Y la humildad

No estaba separada de su fe.





Era el fruto de un corazón que conocía a Allah y buscaba complacerlo en cada palabra, cada decisión y cada relación.

Y tal vez por esta razón su impacto no se apagó con su muerte.

Hasta el día de hoy, a cada hora del día y de la noche en todos los rincones de la tierra, hay alguien que lee sus palabras, se inspira en su conducta y busca vivir como él vivió no porque lo considere una divinidad, ni porque lo adore, sino porque cree que es un Mensajero que guió a la humanidad hacia su Señor.

Si estas páginas han despertado tu curiosidad, no hagas de esta lectura el final del viaje.

Lee el Corán tal como es, no como otros lo describen.

Lee la biografía (Sira) de Muhammad ﷺ de sus fuentes confiables.

Y hazte las grandes preguntas con sinceridad.

Porque la verdad no teme a la investigación.

Por Allah, aquello a lo que Muhammad ﷺ invitó durante toda su vida no pide al ser humano que lo siga por mera imitación, sino que busque con una mente justa y un corazón sincero.

Y tal vez el mayor viaje en la vida de un ser humano...

Sea el que comienza con esta pregunta:

¿Quién es ese Dios al que Muhammad ﷺ
dedicó toda su vida a invitar?





¿Y si quisieras conocer la verdadera
naturaleza de una persona?
¿Comenzarías por sus amigos...
O por sus enemigos?

En este folleto,

leerás testimonios reales de personas que vivieron junto a
Muhammad ﷺ en el día a día, o que estuvieron un día en
el bando de sus adversarios.

Un emperador interrogando a su peor enemigo.

Un esclavo prefiriendo quedarse a su lado antes que
recuperar la libertad.

Un niño que vivió con él durante diez años sin recordar una
sola palabra hiriente.

Y una mujer a la que nadie prestaba atención... pero a la
que él nunca olvidó.

Estas no son historias imaginadas, sino testimonios históri-
cos establecidos que conducen todos

a una sola pregunta:

¿Quién era este hombre?